

# MARAGATO

Encuentro inesperado



PARA AIME

Uribe Ruberti, Limay

Maragato : encuentro inesperado / Limay Uribe Ruberti. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Limay Uribe Ruberti, 2021.

68 p. ; 18 x 18 cm.

ISBN 978-987-86-8859-6

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Cuentos de Aventuras. I. Título.  
CDD A863.9283

Fecha de catalogación 02/03/2021



[garzadepapel.com.ar](http://garzadepapel.com.ar)

Hacé tu garza de papel: [garzadepapel.com.ar/garza](http://garzadepapel.com.ar/garza)



@limayuribe

@garzadepapelediciones

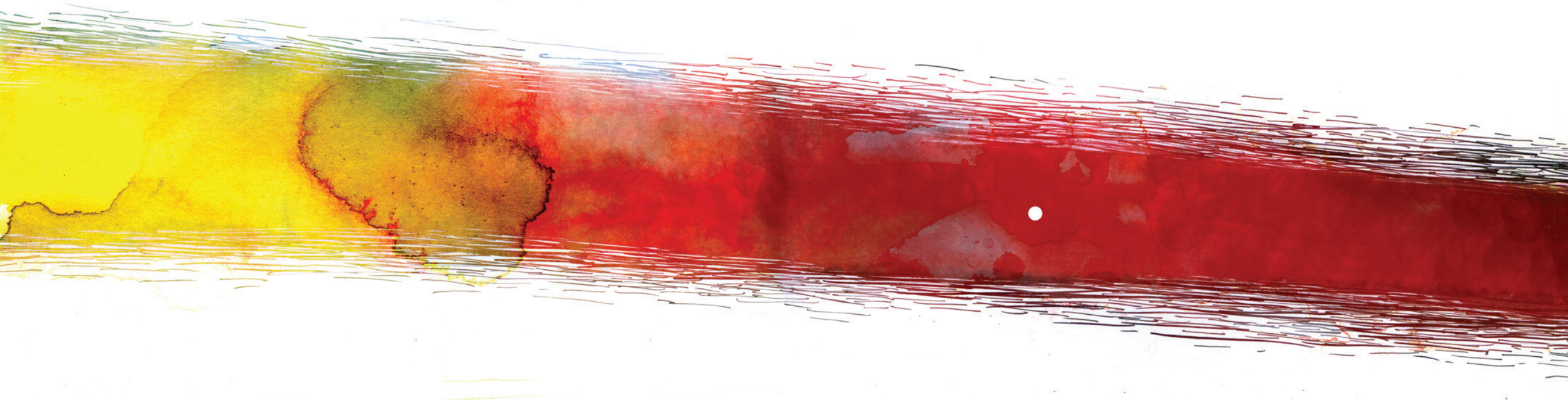
Esta primera edición de 1.000 ejemplares fue impresa en abril de 2021 en Gráfica Pinter.

**Toda historia tiene un inicio incierto.**

“Mira ese punto. Eso es aquí.  
Eso es nuestro hogar. Eso somos nosotros.  
Ahí ha vivido todo aquel de quien hayas oído hablar  
alguna vez, todos los seres humanos que han existido.”

“Nuestro planeta es una solitaria mancha en  
la gran y envolvente penumbra cósmica.”

- Carl Sagan -



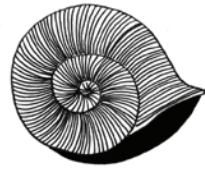
Sabemos, o creemos, que el universo es grande, tan grande que parece que no tiene ni principio ni fin, tanto en edad como en tamaño; parece que es eterno, que persigue en constante expansión al infinito. Unos aseguran que existe solo uno, otros que hay más que granos de arena en el mar (lo que llaman “multiverso”). En el universo hay incontables mundos. Y los hay de todos los tamaños imaginables, chiquitos como una luna, enooormes como un sol. Algunos están hechos de gas, otros de vidrio, en alguno que otro llueven cristales todo el día todos los días; están los que son pura agua, y los ardientes de fuego y lava. En algunos, el tiempo pasa más lento; en otros la gravedad es tan débil que se podría saltar hasta el cielo, y en otros, al contrario, no podríamos ni levantarnos del piso.

El universo es luz y oscuridad, calor y frío, ruido y silencio. Es todo en uno. Cualquier cosa puede existir y pasar en este universo, y todo convive en constante movimiento y cambio, en una perfecta organización desorganizada. Así de gigante, complejo y raro es el universo. Mágico.


Y los humanos, en nuestro mundito azul, somos tan pero tan chiquitos que capaz ni sabe que existimos, para él pasamos desapercibidos, somos como un piojo que no pica. Y hay muchos mundos llenos de piojos, como una cabeza en verano. Pero estos mundos están tan lejos los unos de los otros, que parece imposible que sus piojos alguna vez se conozcan, para saludarse, contarse historias, compartir una merienda con chocolatada, mirar dibujitos o salir a correr en el patio.

Así y todo, uno creería que con el barullo que somos capaces de hacer, con nuestras grandes ciudades de luz, las máquinas a todo vapor, los gritos de gol, el cantar de los gallos, los Beatles... Con toda nuestra música y poesía, alguien, por más lejos que esté su mundo, nos tendría que notar.





¿Y SI YA NOS NOTARON?

The illustration features a man with a long, thick, grey beard that flows down like a waterfall. He has a large, prominent nose and a slightly furrowed brow. The background is filled with stylized, swirling waves rendered in black and white line art. Interspersed among the waves are vibrant, colorful elements: a yellow paper airplane, a small yellow fish, and several bursts of orange, red, and pink. The overall style is a mix of detailed black and white line work and bright, flat colors.

**R**odolfo es un viejito alto, arrugado y malhumorado.  
Sin cejas y con una barba laaaaarga que parece interminable,  
desordenada e indomable cual mar embravecido.  
Flaco, pero con pancita. Sus ojos, chiquitos, van con gesto  
de luz de frente, siempre entrecerrados.

Solitario, no le gusta la gente, dice que no la entiende y a su vez, que no lo entienden. Vive solo desde hace muchos años en una cabaña de madera que construyó él mismo en el medio de una montaña, perdida de la vista y el conocimiento del mundo al que se le dice “civilizado” (ese mundo de edificios, autos y luces dibujando el paisaje, el del barullo).

Todos los días se levanta a la hora que se despierta, no tiene alarma, no tiene teléfono, no tiene tele ni tostadora. Sí tiene heladera, una de esas viejas que se abren con una palanca, pero como donde vive no hay electricidad, la usa para guardar la ropa. En su casa hay una mesa y una silla, un plato de madera y un juego de cubiertos, una toalla, un vaso, una cama, todo uno, porque nunca tiene visitas. Durante el día hace leña con un hacha vieja y oxidada, cuida las plantas, la huerta, cocina, duerme la siesta y lee sus libros, los que ya leyó más de una vez porque le gusta leer.

Admirador de los dinosaurios, en un estante de la cabaña se lucen las figuras talladas en madera que fue haciendo a lo largo de su vida. Según Rodolfo, lo mejor que tienen los dinosaurios es que nadie sabe con exactitud cómo eran. Así que puede inventar un poco cómo él piensa o quiere que sean, imaginar sus colores, formas, sonidos, a algunos hasta les puso pelo.

Lo que más disfruta es salir a pasear por el bosque, en invierno con la nieve, en verano con el sol, no importa; todos los días camina varias horas. Caminar lo ayuda a pensar.

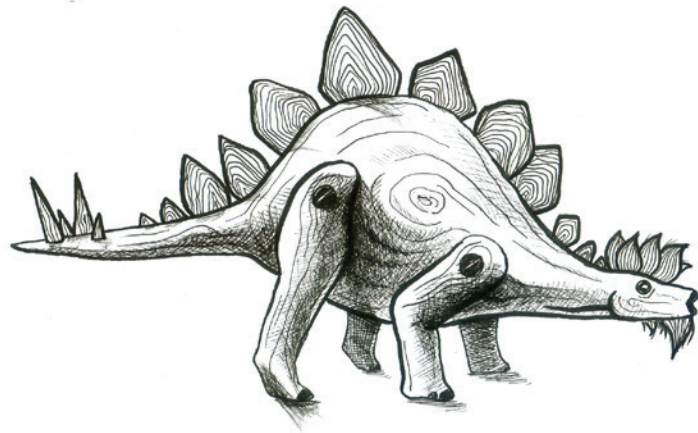
Tanto tiempo pasa en el bosque que lo conoce muy bien. Sabe la época en que las hojas cambian de color, reconoce cuando va a llover, cuando se viene una tormenta o cuando va a estar soleado. Sigue cuidadosamente a los animales de la zona, los observa, les habla, los escucha. Él mismo se considera un animal más del lugar, un integrante de esa comunidad.





Rodolfo vivía en lo profundo de sus pensamientos, en el contacto con el medioambiente y la paz que lo rodea, en el silencio y la soledad. Indiferente de la humanidad, apartado de la sociedad. La vida lo transportaba tranquilamente sobre un camino recto, parejo, sin sobresaltos ni cosas raras. Cada mañana sabía con lujo de detalle, casi al minuto, lo que iba a hacer y lo que iba a pasar ese día (bueno no tanto, es que me gusta exagerar).

Pero no sabía que esta vida monótona y segura que a él tanto le gustaba, le estaba preparando una sorpresa, una sorpresa chiquita y gigante a la vez.



- Stegosaurus punk con chivita -

El día más significativo en la vida de Rodolfo se anticipó distinto a la hora de levantarse, hacía tanto tiempo que no se despertaba sobresaltado que le costó entender lo que estaba pasando.

Un ruido lejano rompió con su sueño, un ruido que en todos sus años en la cabaña no había escuchado. Sonó como una botella al destaparse, ¡Ploc! seguido de un Pffff... (como un pedo, pero no decimos “pedo” porque decir “pedo” en un cuento para chicos, queda mal) -¡Yo no fui!- Gritó Rodolfo con el reflejo instantáneo de no hacerse cargo.

Pensó que podría haber sido algún turista perdido, probablemente descompuesto, capaz algo que cayó de un avión, o una familia de pájaros festejando con Champán el cumpleaños de la abuela. Pero nada de lo que pensaba lo convencía. Además, se corría el rumor de que la abuela pájara había dejado de tomar Champán.

Fuere lo que fuere, se levantó rápido, se puso las botas al revés, se vistió y salió.

Era un día de invierno, todo blanco. En esa época la nieve cubre de punta a punta el paisaje de ahí donde vive Rodolfo. El abrigo era el mismo de siempre, pero ese día no lo abrigaba. Tal vez el miedo a lo que estaba pasando lo hacía sentir el frío. El miedo a lo desconocido es, extrañamente, algo que traemos adentro desde chiquitos.

Pero Rodolfo no le tiene miedo al miedo, así que, sin importarle mucho, apuró el paso hacia el lugar de donde vino el ruido. La curiosidad era grande y tal vez, inconscientemente, la esperanza de alguna aventura, o encontrarse con alguien para conversar, lo empujaban sin dejarlo pensar mucho (porque si bien su vida era muy segura y predecible, la verdad es que ya estaba un poco cansado de siempre lo mismo, y ni se daba cuenta). Valía la pena correr el riesgo, hacerse valiente.

A medida que se acercaba al lugar veía menos y menos animales. Ellos también se asustaron, pero al contrario que él, escaparon. Se dio cuenta que el ruido había sido fuerte, que el golpe, o lo que haya pasado, se había sentido en el bosque.

Al llegar no vio nada, estaba todo igual que siempre. Rodolfo conoce el bosque perfectamente, es un gran observador al que no se le escapa ni un detalle, pero sabía que algo estaba pasando; los animales huyendo eran una señal que no iba a ignorar. Buscó mejor, escarbó la nieve, miró lejos, miró cerca, miró ni muy lejos ni muy cerca, arriba, abajo, a los costados, cerró los ojos para escuchar atento, aspiró profundo con su gran nariz en busca de algún olor nuevo (capaz el pedo), pero no; todo parecía igual que cualquier otro día de invierno. Hasta que pensó en mirar desde arriba. Encontró el árbol más alto y trepó, con cuidado y sin apuro subió y subió. Llegó casi hasta la punta, el árbol se balanceaba de acá para allá, parecía que lo quería tirar. Rodolfo se agarró fuerte con brazos y piernas, las ramas crujían, como quejándose por el peso del viejo, como gritándole que empiece urgente la dieta.

Y así fue como, desde arriba, lo vio... un puntito negro chiquito chiquito, medio hundido en la nieve. Bajó del árbol lo más rápido que pudo, casi cayéndose. Clavándose y rompiendo alguna que otra rama, corrió dolorido hacia el puntito (en realidad se cayó duro del árbol, pero para no avergonzarlo, no lo contamos). Al acercarse se encontró con una especie de bola negra, más o menos del tamaño de una naranja, se quedó parado a su lado un rato, intrigado, tirando vapor por la boca como un tren viejo. Y viejo es, pero tren no. Estuvo así unos minutos, mientras su respiración agitada se iba calmando, se agachó para mirar más de cerca la bola, le sonaron las rodillas ¡Clac, clac!. Un poco amedrentado, le dio unos toquitos rápidos. No pasó nada, estaba helada, con mucho cuidado la levantó con una mano. Para su tamaño era llamativamente pesada, aunque igualmente, fácil de levantar.





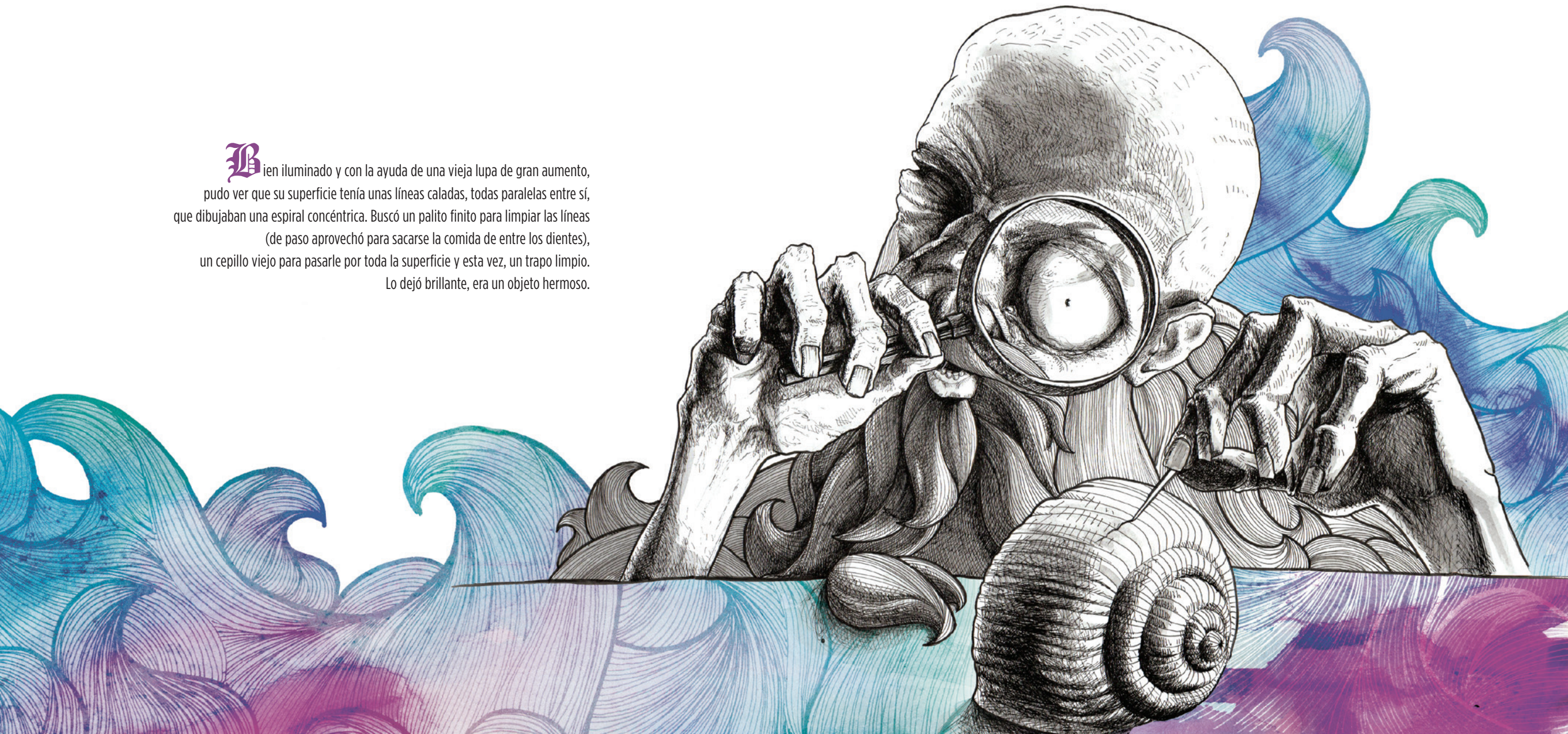
Se metió la bola en el bolsillo más grande del saco y volvió a la cabaña. En el camino se hizo mil preguntas sobre su novedoso descubrimiento, ¿de dónde habrá salido? ¿qué será? ¿qué hacía ahí? ¿qué causó el ruido?. Ya en la cabaña, sacó la bola del bolsillo y la apoyó en la mesa, se dio cuenta que le habían quedado las manos manchadas, negras, como pintadas con carbón o corcho quemado. Buscó un trapito viejo, se lavó y empezó a limpiar cuidadosamente el objeto. Lo que más tiene Rodolfo en la vida es tiempo, así que todo lo hace con cuidado y paciencia. Le gusta que las cosas se hagan sin apuro, pensando. Está convencido que uno de los mayores problemas del mundo actual es que se quiere todo rápido y por eso las cosas salen mal. Para él la paciencia y la dedicación son grandes virtudes que se están perdiendo.

Al cabo de muchos minutos la bola estaba limpia, y ya no era negra; era de un gris oscuro, pero según cómo le diera la luz tenía reflejos dorados opacos, a veces verdes y también azules. ¡Muy raro!, a la vista parecía un caparazón de caracol y al golpearla, sonaba como metal, ¡clanc!

Ya era de noche y la cabaña estaba iluminada por el fuego de la chimenea. Rodolfo no tiene linterna ni lamparitas, hace todo con madera y lo que encuentra en los alrededores, así que no podía ver del todo bien los detalles del caracol... ya casi ni el caracol podía ver, se estaba apagando el fuego. Se fue a dormir. Al otro día, en complicidad de nuestro incansable y brillante sol, iba a poder indagar mucho más.

Amaneció muy temprano. Con el primer rayo de luz que se filtró entre las cortinas ya estaba saltando de la cama. La ansiedad no lo dejó dormir mucho. Fue directo a sentarse en su silla para seguir investigando el caracol, al que, extrañamente, encontró del otro lado de la mesa. Se habría confundido, tal vez la exaltación de su hallazgo estaba jugando con su cordura, pero como muchas veces piensa que se volvió totalmente loco, no le dio mayor importancia y acercó el caracol.

**B**ien iluminado y con la ayuda de una vieja lupa de gran aumento, pudo ver que su superficie tenía unas líneas caladas, todas paralelas entre sí, que dibujaban una espiral concéntrica. Buscó un palito finito para limpiar las líneas (de paso aprovechó para sacarse la comida de entre los dientes), un cepillo viejo para pasarle por toda la superficie y esta vez, un trapo limpio. Lo dejó brillante, era un objeto hermoso.



Se convenció de que era un adorno antiguo que alguien habría olvidado hace mucho tiempo en ese lugar, algún homenaje a los caracoles gigantes o, hasta quizás, un fósil prehistórico. Y aunque eso no explicaba ni el ruido ni que haya aparecido de repente, no le importó. Puso el caracol en un estante sobre la chimenea para que se luzca. No podía dejar de mirarlo, estaba encantado.

Pasaron las semanas y la vida había retomado su cauce normal, dentro de la normalidad de Rodolfo. El caracol de metal seguía en la chimenea, todas las noches lo lustraba y lo admiraba. Con el tiempo empezó a hablarle, a mostrarle las cosas que hace; lo llevaba para todos lados en su bolsillo. Lo llevó a recorrer la montaña, el bosque, le contaba lo que veía, lo que sabe, lo que fue aprendiendo a lo largo de su vida. Hacía mucho tiempo que no hablaba tanto.

*- Este lugar que encontré y me recibió es mi paraíso, y si bien nada prefiero a esto, a veces pienso en lo que dejé atrás, y extraño las medialunas de grasa..., las conseguía en la panadería de la esquina, en mi pueblo natal, Patagones... porque, aunque vivo acá hace años, soy "maragato", así se le dice a la gente de Patagones... "La espiga de oro" se llamaba la panadería, todavía me acuerdo del olor a pancito caliente a la mañana... había que ir temprano para conseguir las medialunas recién hechas. A mi me gustaba abrirlas al medio y ver cómo salía ese último vapor de la cocción, buenísimo... y si nos ponemos exquisitos, una cerveza artesanal fresca, de esas que hacía Gerardo, también aceptaría.-*

Había encontrado una compañía inesperada; se sentía feliz. Al otro día, en uno de los paseos acostumbrados, al sacar al caracol del bolsillo, en un movimiento torpe se le cayó, y la mala suerte, el destino, las leyes de la física o lo que sea, hizo que caiga justo en un agujero entre dos rocas.





Asustado por la situación de su amigo, le salió tranquilizarlo hablándole, y fue en ese momento en que se dio cuenta que no sabía su nombre, así que, mientras estiraba el brazo para alcanzarlo pensó en voz alta:

*- No puede ser que no le haya puesto un nombre... que mal amigo resulté ser qué lo tiró, es que tengo muy poca práctica en estos temas. A ver viejo ponete a pensar... encontramos el caracol al amanecer, hace tres meses y unos días, caminamos dos kilómetros al lugar del pedo, al norte... norte... Aunque el norte es todo, porque todo está al norte en realidad, depende desde dónde lo miremos, el punto de referencia es vital en estos menesteres, porque sin punto de referencia fijo el sur es sur hasta que es norte. También puede ser este y oeste, y según la canción, al este y al oeste, llueve lloverá... Hace mucho que no llueve por acá, ojalá este año no se venga la sequía... En Londres parece que llueve todo el tiempo, ahí no hay problemas de sequía y hay una isla en Japón a la que le dicen "La isla del diluvio", ¡a!, lindo vivir ahí... Aunque Japón sí que debe ser lindo, son ordenados ellos, respetuosos, su bandera es prolijita, con ese punto rojo en el centro, que bien podría ser una bolita roja también... una bola, el caracol es como una bola... ¡Ya sé! ¡Se va a llamar Watanabe!-*

Y así fue como, relacionando cosas al azar sin mucho sentido, el caracol pasó a llamarse "Watanabe", un nombre de otra parte del mundo para un algo (¿o alguien?) de quién sabe dónde.

Contento con haber nombrado y rescatado de la caída al caracol, volvió a la cabaña. En el camino no paró de hablar, "Watanabe esto, Watanabe lo otro", no podía dejar de decir el nombre que había elegido, estaba orgulloso.

El tiempo siguió pasando, se terminó la primavera, pasó el verano, pasó el otoño, y volvió la nieve. Y fue en esos días helados de invierno que Rodolfo se enfermó, y parece que se enfermó fuerte, porque no salió de la cama por largo rato. Se levantaba solo para hacer té, ir al baño y comer. Pero con el paso de los días se fue quedando sin leña ni provisiones, y salir no podía. Las blancas tormentas acumulaban nieve alrededor de su casa, tanto, que si salía a buscar algo se podía congelar del frío. Una de esas noches de cabeza caliente y panza revoltosa, se despertó con hambre y sed. Tomó un vaso de agua pero ya no quedaba nada para comer, así que se acostó a dormir un rato más pensando en cómo salir a buscar comida al otro día, capaz poniéndose todo el abrigo junto y caminar hasta el pueblo más cercano. No se le ocurría otra opción, tendría que enfrentar el peligro.

Al despertarse al día siguiente, antes de siquiera destaparse, con los ojos entreabiertos y la vista nublada, vio algo en la mesa que no estaba el día anterior. Se sentó pesadamente en la cama, se frotó los ojos... se frotó otra vez y cinco veces más. Pensó que capaz esta vez sí se había vuelto completamente loco, tal vez por el hambre o la enfermedad, capaz estaba alucinando, pero en la mesa había una caja llena de medialunas de grasa y en el piso ¡botellas de cerveza y más cajas con medialunas!. Estaría soñando o muerto, en las estrellas, o donde sea que va uno cuando muere. Se levantó, agarró una medialuna, la comió. – *Muy rica, voy a probar otra para asegurarme de que no estoy loco* – dijo, siempre preocupado por su estado mental, y después de 14 medialunas, se dio cuenta de que no estaba loco, que eran medialunas de grasa de "La espiga de oro". Un sueño hecho realidad.

Se rascaba la barba intentando entender cómo había pasado esto, de dónde salieron estas cosas. Se tomaba un vaso de cerveza, comía unas medialunas y se rascaba la barba. Estuvo así varias horas,



pero nada se le ocurría. A todo esto, su malestar desapareció y ni se dio cuenta.

Pasaron unos días más a pura cerveza y medialunas de grasa, la tormenta terminó. Rodolfo se sentía nuevo, rejuvenecido, como si las medialunas hubieran sido mágicas. No sospechaba ni esperaba lo que estaba por suceder.

Fue en uno de esos días que, al salir del baño, escuchó unos ruidos. Un grito desde abajo que decía - *¡Maragato! ¡Maragato!* - No entendía de dónde venía ni quién estaba gritando. - *¡Acá! ¡mirá mirá! ¡acá abajo en las plantas!* - fue el siguiente grito.

Miró, y ahí estaba... ¡Watanabe! que había salido del caparazón y se mostraba de cuerpo entero, vivo, muy vivo. Con unos divertidos pantaloncitos mecánicos, saludando con el brazo en alto y los ojos saltones, alegre, esperando el encuentro con su amigo.

El viejo no podía creer lo que estaba pasando. No se asustó, y esta vez no pensó haberse vuelto loco. Desde hace tiempo intuía algo, conocía a Watanabe y sabía que, en cierta forma, estaba vivo, pero le sorprendía que recién ahora se haya decidido a mostrarse así. Se sentó en el piso para estar a su altura y darle charla.

- *¡¡Maragato hola!! ¿cómo estás? Me desperté, ¡te traje medialunas!*- dijo contento el caracol.

- *Hola Watanabe* -saludó Rodolfo-, *un gustazo conocerte, al fin te decidiste a salir del caparazón. Me encantaron las medialunas y la cerveza, no sé qué hubiera hecho si no me ayudabas, seguro dormir para siempre, pero decime Rodolfo, que es mi nombre-*

- *¡Somos amigos! vos me rescataste, ahora te rescaté yo, no iba a dejar que te pase algo feo. "Soy*

*Maragato” dijiste aquella vez, así que desde ese día, para mí, sos Maragato, si me dejás me gustaría decirte así, que te queda lindo. Me demoré un poco en salir, sí. Estuve despertando todo este tiempo, recuperando energías entre sueños y vivencias. El viaje a buscar las medialunas me cansó un poco.-*

*- Bueno, “Maragato” está bien, me gusta. Y vos ¿cómo te llamás? ¿querés una medialuna? Ya están un poco duras pero ricas igual. Tanto tiempo durmiendo me imagino que estarás famélico. -*

*- Mi nombre original no lo recuerdo, así que ahora me llamo Watanabe. Gracias por las medialunas pero yo no como en la forma en que lo entienden los humanos. Soy un organismo biomecánico, me alimento de historias y de la buena compañía.-*

*- Mmmm te vas a morir de hambre conmigo che – respondió algo triste Rodolfo, pensando que no tiene suficientes historias y sabiendo que es un viejo gruñón y solitario.*

*- ¡Niego! tu razonamiento es erróneo. Hace siglos que estoy a 127 metros bajo tierra en esta montaña, a oscuras, ni sé cómo llegué ahí, pero no se lo recomiendo a nadie, viejo. Me aburrí como ostra durante un tiempo incalculable. Eones\* pasaron hasta que apareciste vos y con tu forma de hablarle al bosque me fuiste fortaleciendo. Tus historias me hicieron despertar, y cuando tuve la fuerza suficiente logré subir a la superficie de un salto a explosión con el que consumí toda la energía que había recolectado, y me salvaste otra vez. Me encontraste y me nutriste durante todo este tiempo con tu saber del mundo y, fundamentalmente, con tu compañía y cuidado. Mirá cómo me dejaste, ¡me enegeuce mi propio brillo! Nunca estuve más hermoso. -*

Sorprendido por el relato de Watanabe, a Rodolfo se le escapó una sonrisa y se sintió importante.

*- ¿Y de dónde sos vos?, no tenés pinta de ser de por acá - preguntó.*

*- No, no soy de acá, soy de allá - respondió Watanabe mirando al cielo -. Soy un caracol intergaláctico,*

*viajo por el espacio y el tiempo desde hace milenios. Eso lo sé, pero como evidentemente me falla la memoria, mis primeros recuerdos son de estar llegando a este planeta... cayendo mejor dicho, atrapado por la gravedad. No sé de dónde, no sé cómo, pero sé que llegué hace mucho tiempo.-*

*- Ahá... increíble historia... y decime la verdad, el pedo... ¿fuiste vos? - preguntó aún intrigado Rodolfo por aquel sonido que lo despertó esa noche.*

*- Aprendí lo que es un pedo acá con vos, Maragato... me lo dejaste muy claro las noches de guiso de lentejas. Yo ni tengo las características físicas para generar ese tipo de gas. Pero posiblemente ese sonido similar a tus pedos haya sido el salto a explosión. Para viajar por el espacio exterior uso esa técnica de propulsión, y es lo que utilicé para salir del pozo aquella vez. Es una descarga de energía oscura que expulsa con fuerza mi caparazón mecánico, el que también tiene un sistema de hélice que me sirve para volar en ambientes con atmósferas cerradas y un medio de apoyo como el aire, acá en la tierra y otros planetas similares, y muchas cosas más, mi caparazón es increíble. Me imagino que vos también podrías propulsarte con tus gases en el espacio, y quién te dice, romper las leyes de la física y superar la velocidad de la luz. -*

Rodolfo no entendió nada pero igual rieron a carcajadas y fue en eso que el viejo se percató que la voz de Watanabe era muy parecida a la suya. Al preguntarle sobre esto, Watanabe le explicó que como su voz era la única que conocía, solo su voz podía reproducir.

*- Cuando salgamos a pasear por el mundo voy a adoptar otra voz, para no confundirnos - aclaró Watanabe, todavía riendo.*

*- ¿Salir al mundo? Noooooo, yo te espero acá amigo, y a la vuelta me contás. El mundo no es para viejos mala onda como yo. - se quedó pensando mirando el piso, un poco triste, el viejo mala onda.*

\*Un eón es un largo, larguísimo periodo de tiempo.



**W**atanabe es un caracol intergaláctico. Viaja por el tiempo y el espacio desde tiempos inmemoriales. Es un organismo biomecánico que se alimenta de historias y buena compañía. Su caparazón está lleno de sorpresas.





- *No seas así Maragato, el mundo sos vos, soy yo, somos todos. Es parte de nosotros y nosotros somos parte del mundo. Está ahí, acá, para disfrutarlo y cuidarlo. Así que depende de vos. Yo te agradezco todo lo que hiciste por mí, pero en poco tiempo voy a necesitar salir a recorrer y conocer este fascinante planeta, y me encantaría que me acompañes y me lo expliques.*-

- *Bueno está bien, te acompaño, pero mucho no te voy a poder explicar, vamos a tener que descubrir juntos. Hace demasiado tiempo ya que me alejé de la civilización, debe estar todo muy cambiado.*-

- *¡Genial! mañana con el primer rayo de sol salimos de viaje!*- gritó entusiasmado Watanabe, mientras se metía en el caparazón y se dormía.

Rodolfo estaba nervioso y contento a la vez con la oportunidad que se le presentaba, recorrer el mundo con su nuevo y particular amigo.

El viaje arrancó con el prometido primer rayo de sol. Enérgicamente se levantaron y empezaron a planificar. - *¿A dónde vamos primero?*- preguntó Rodolfo, con una sonrisa de mil dientes y los ojos gigantes como dos huevos fritos.

- *Vas a tener que decidir todo vos porque yo no conozco mucho, sos mi guía esta vez.*-

- *Bueno, vamos a empezar por el pueblito donde nací y que me gustaría volver a ver. ¡Patagones!*-

- *Perfecto ¡Patagones!*- gritó dando un salto Watanabe.

- *Vamos vamos... ¿Cómo vamos?*- preguntó Rodolfo rascándose la barba.

- *Y volando, yo voy volando... y vos... ¿y vos? ¿dónde está tu hélice?*- dijo Watanabe dando vueltas alrededor de Rodolfo, investigando.

- *¡Yo no sé volar Watanabe! Los humanos no tenemos hélice, llevame.*-

- *Claro, tienen sistema de propulsión en ambientes sin gravedad nomás (los pedos)... Bueno dale te*

*llevo. Hay un cascarón rojo tirado afuera, puede servir de transporte. Subite y yo lo levanto.*-

Rodolfo entendió que se refería a su viejo Citroen, el auto de su infancia, que estaba sin funcionar, afuera. Salieron con emoción. El viejo entró al auto, que estaba más chiquito de lo que recordaba y asombrado, vio como Watanabe apretaba un botón que tiene en la panza y le salía del caparazón la famosa hélice, que saltó para arriba y se abrió girando como loca, enganchada al caparazón por una especie de hilo. Así se elevó en el aire y mientras la hélice lo mantenía en un equilibrio perfecto, sus patas mecánicas se estiraron y con la ayuda de unas sogas que ataron al auto, lo levantó sin esfuerzo aparente... Rodolfo se dio cuenta de lo extraordinario que es su amigo.

Así es como partieron rumbo a Patagones, volando alto con mucha atención, y aunque Watanabe ya sabía cómo llegar (recuerden las medialunas), siguió las directivas de Rodolfo que, muy emocionado sacaba el brazo por la ventana y a los gritos le marcaba el camino. Estaba exaltado, con los ojos gigantes y brillosos, el aire le daba en la cara y ese brillo se convertía en agua que le corría por las mejillas hasta caer y fundirse con el cielo.

Entre nubes de espuma y con viento a favor, viajaron cómplices de una bandada de canarios silvestres, hasta que los alcanzó el atardecer. El sol se escapaba a los cielos del oeste y la oscuridad decía presente, como inequívoca señal de que el día tocaba su fin. El destino estaba cerca.

Llegando a Patagones, Rodolfo ya podía ver el puente viejo sobre el río, los barquitos para cruzar de una costa a la otra, el barco hundido en el lado de Viedma (la ciudad de enfrente, donde jugaba de chiquito). El pueblo, visto desde arriba, estaba casi igual a lo que recordaba, hermoso.

El aterrizaje fue en la plaza, aunque llamarlo así es faltarle un poco a la verdad, porque más que aterrizaje fue porrazo. Rodolfo estaba tan entusiasmado que se tiró del auto en dirección al árbol



más alto de la plaza, se intentó agarrar de la copa del mismo pero le erró y chocó con todas las ramas, todas, no se olvidó ni una. Desarmó nidos, arrancó hojas, se raspó los codos, espantó palomas, gorriones y gusanos y llegó al piso con un golpe que se escuchó hasta el otro lado del río. Se la dio de cara al pasto, y como esta vez no había nieve para alivianar el tortazo, se le aflojaron varios dientes. A todo esto, Watanabe se dio cuenta tarde del salto y al grito de - ¡Viejo loco te vas a matar!- voló hacia Rodolfo pero no llegó a socorrerlo.

Cuando el viejo recobró el conocimiento, Watanabe, que ya había dejado el auto estacionado, le dijo: “Rodolfo, ¡estás demente! ¿cómo te vas a tirar así? Estás vivo de milagro, me hiciste asustar”, Esta vez, en forma de reto, como hacen los adultos, lo llamó por su nombre original y completo.

- Me ganó el entusiasmo querido amigo, estaba seguro de que me iba a poder agarrar del tronco del árbol e iba a bajar con total facilidad, deslizándome con movimientos elegantes y fluidos, como una ardilla... y la multitud iba a quedar impresionada con mi espectacular entrada. Fui demasiado optimista, y me la di de lleno. El castigo a tan desenfadado acto va a ser un día de huesos doloridos- dijo Rodolfo agarrándose la cabeza.

La ciudad estaba colorida y llena de luz. Era noche de feria, fiesta y baile, era carnaval.

- ¡Cuidado con las bombitas de agua y la espuma loca!- le gritó Rodolfo, en un momento de bombardeo infantil, a Watanabe, que no entendía nada de lo que estaba viviendo, pero, al contrario de los animales y las personas (que también somos animales), en vez de miedo sentía alegría, alegría porque estaba aprendiendo, conociendo cosas nuevas, gente nueva, costumbres nuevas. Estaba engordando de historias.

Escuchando música popular (sonaba Gilda en la plaza), caminando con una sonrisa de oreja a oreja





dibujada en la cara (literal literal, se dejó pintar la cara por una puestera de la feria), Rodolfo tuvo un regreso a su infancia y sus recuerdos tomaron vida y energía.

- ¡Mirá mirá!- gritaba Watanabe emocionado ante cada cosa que veía señalando la novedad.

Pararon en un puesto de donde se llevaron un cuadrado con un paisaje hecho de papeles de colores, mientras dos chiquitos no paraban de corretear y jugar. La artista del puesto, presuntamente su mamá, los miraba esperando que no rompan nada, sonriendo por el divertido momento.

- ¡Mirá mirá!- Watanabe vio un perro haciendo pis en un poste de luz.

Recorriendo las calles antiguas de la ciudad, pasaron por la escuela, el viejo almacén (lo de Tito), la bicicletería del "Pity". En realidad donde quedaba, hace tiempo, la bicicletería, en la que Rodolfo y sus vecinos arreglaban sus bicicletas.

- El Pity... gente buena si las hubo... El Pity era un tipo de alegría contagiosa, de risa fácil, de esos que, si necesitabas algo, te iba a ayudar si podía, y si no podía lo iba a intentar. Nos inflaba las ruedas de las bicis, nos hacía chistes, nos convidaba caramelos. Ahí, en su bicicletería, cargábamos los baldes con bombitas de agua, en esa canilla de la pared.-

Rodolfo contaba la historia lleno de melancolía y con un aire de tristeza, pero también de felicidad, sus sentimientos entraban en conflicto mientras se le perdía la mirada, clavada en el frente de la vieja bicicletería, recordando sus mejores épocas, épocas que el tiempo se había llevado.

- ¿Viste cómo es la vida Watanabe? Las cosas buenas, las cosas lindas, se esfuman. Por esto me fui, porque todo lo que alguna vez me hizo bien, se perdió- se lamentaba, un poco enojado, Rodolfo.

- Entiendo- contestó Watanabe, - Pero el tiempo, querido Maragato, es cíclico, y así como muchas cosas buenas desaparecen, otras aparecen; así como se pierde, se encuentra. Te veo triste por tu

pasado, pero estás triste a la vez que tenés lindos recuerdos, buenos momentos que quedaron en tu memoria, y aunque todos son importantes, esos deberían prevalecer con más fuerza. Y ahora, conmigo, estás fabricando nuevos recuerdos, nuevas historias. Así es la vida, como el universo, hay de todo, todo puede pasar, y todo convive. Ayer perdiste algo, hoy encontraste otra cosa. Está en vos decidir qué emociones de tus recuerdos e historias te afectan más. Cíclico, el tiempo es cíclico, va y viene, la vida se transforma constantemente. - Watanabe ahora tenía la voz de una nena de 3 años con la que había conversado un rato antes sobre muñecos de peluche y el sabor de los mocos.

- Puede ser, puede ser...-

Las palabras de Watanabe no convencían mucho a Rodolfo, aunque veía cierta lógica y razón en ellas.

- ¡Mirá mirá!- Watanabe vio a un malabarista callejero.

Pasaron por el cementerio del pueblo - Acá me escapaba siempre que podía para jugar yo solo - recordó Rodolfo- Me gustaba de chiquito la tranquilidad de la soledad. El cementerio tiene muchos recovecos, muchos carteles para leer, gente, historias. Es un mundo aparte lleno de misterios por descubrir. Y la ilusión de hacer amistad con algún fantasma antiguo siempre estuvo.-

- Cascarrabias de chiquito... ¿Los fantasmas existen?- preguntó Watanabe con sorpresa.

- Yo qué sé... capaz-

- ¡Mirá mirá!- Watanabe vio a dos personas compartiendo un mate.

La caminata siguió en silencio, hasta que llegaron a la pizzería favorita de Rodolfo: "Los Tíos", - La mejor pizza del universo - dijo el viejo convencido.

- ¿Del universo? Debe ser buena...- pensó Watanabe

- Ya sé que vos no comés, pero ¿me acompañás a comer una grande de Muza?- preguntó Rodolfo.





Entraron a la pizzería, que estaba igualita a los recuerdos de Rodolfo, con una tele moderna, claro, y más papelitos pegados en la pared. Era costumbre en el local que los clientes escriban o dibujen algo en servilletas o cualquier papel que encontrarán, y lo peguen en la pared. Watanabe alucinó, y mientras Rodolfo se sentaba a comer la pizza, recorrió el lugar leyendo las historias de los papelitos al grito de *¡mirá mirá!*, disfrutando de fotos, dibujos, textos, conociendo, en cierta forma, a la gente que pasó por la pizzería. Así que, cada cual a su manera, se estaba alimentando y disfrutando de un lugar único.

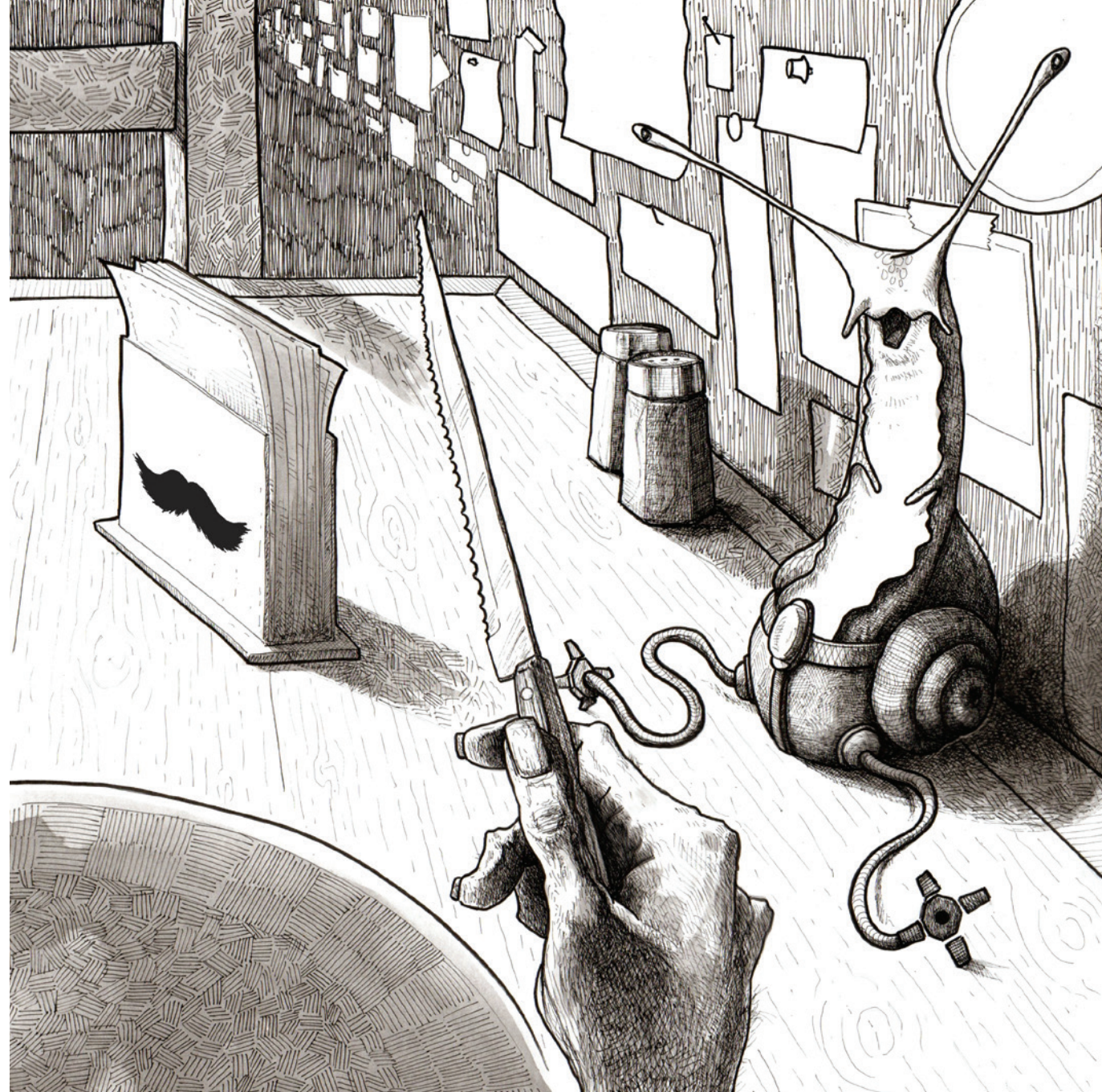
Pasó un rato y Watanabe se acercó a Rodolfo, que comía su pizza sonriendo - *Está igual que siempre, no cambiaron la receta. Es como viajar en el tiempo esto-* decía.

- *¿Viajar en el tiempo? Nada que ver, no es así, yo te puedo mostrar-* dijo Watanabe, pero Rodolfo no le prestó atención, estaba ensimismado en su anécdota y su pizza.

- *De chico veníamos todas las semanas a comer acá, mi hermano, mi mamá, yo, y el perro "Fortunato", que nos seguía a todos lados. Con mi hermano hicimos buenas migas con uno de los mozos, Cristian se llamaba, así que andábamos por toda la pizzería, llevando y trayendo platos, saltando de mesa en mesa, jugando en la cocina con los hornos calientes, los cuchillos volando de acá para allá, hornallas expulsando enormes fuegos y aceite hirviendo por todos lados... un poco peligroso ahora que lo pienso... pero seguro estoy exagerando-*

Watanabe, cómodamente sentado en la mesa, escuchaba con atención, como siempre, todo lo que Rodolfo le contaba. Estaba encantado con sus historias y su forma de hablar.

- *Estuve mirando el cielo, y mañana se viene tormenta, te voy a llevar a la lomita donde me sentaba a verlas acercarse, no hay mejor vista que esa-* Prometió Rodolfo mientras se levantaban agradeciendo por la comida para volver a la plaza.





Watanabe se subió al hombro de Rodolfo, agarrándose fuerte de su barba para no caerse.

En ese mismo momento, saliendo de la pizzería, se cruzan a unos chicos jugando a la pelota, y así sin más, una nena, que parecía ser la goleadora del equipo, patea un pelotazo que va directo hacia Watanabe, quien, sin reacción alguna, lo recibe de lleno en la panza. La presión del golpe aprieta el botón de su pantalón y un destello ciega los ojos de todos.

Después de unos segundos de frotarse los ojos, la vista vuelve a la normalidad y, con sorpresa, Rodolfo y Watanabe se encuentran solos, en el mismo lugar, la misma ciudad, pero con un paisaje totalmente diferente, un cielo naranja teñía las casas que parecían abandonadas hacía mucho tiempo, los árboles estaban secos, la pizzería cerrada, con maderas clavadas en la puerta, autos oxidados ocupaban calles por las que nadie andaba y hacía un calor insoportable.

- ¡iii¿Qué pasoooooó?!!!- gritó Rodolfo desconcertado.

- *Todo indica que el certero pelotazo de la nena activó el viaje en el tiempo y acá estamos, en un tiempo desconocido-* respondió Watanabe con total tranquilidad.

- *¿Pero en qué tiempo?-* preguntó el viejo perdiendo pelos de los nervios.

- *Futuro, es el futuro, unos 80 años después de cuando estábamos-*

- *Qué habrá pasado en esos 80 años...-* se preguntó a sí mismo Rodolfo, sin poder salir del asombro del desmejorado paisaje.

- *¡No puedo creer que nos vayamos a perder la tormenta!-* siguió, ahora enojado, Rodolfo.

- *No te preocupes que podemos volver justo al momento en que estábamos, pero primero quiero satisfacer mi curiosidad, necesito saber qué pasó que el lugar cambió tanto. Hay que preguntarle a alguien, si encontramos gente...-* lo tranquilizó Watanabe.



Caminaron hacia el río, el que se veía bajo, con poca agua. Llegando a la costa se encontraron sentada en un banco a una viejita, con la mirada perdida en el horizonte y gesto cansado.

- *Hola señora, buenas tardes*- saludó Rodolfo.

- *Buenas y calurosas*- respondió al saludo la señora.

- *Seré curioso... estuve de viaje unos años y ahora al volver me encontré con este calor extremo y muy poca gente en el pueblo, ¿sabe usted qué es lo que pasó?*-

- *Pero se habrá ido a otro planeta, esto viene pasando de hace mucho tiempo y en todos lados. Fue de a poco, lento, tan lento que ni nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo... qué equivocados, qué tontos fuimos...-*

- *¿Qué es lo que estaban haciendo?*-

- *¡Estábamos! ¡esto nos incluye a todos!. Nos olvidamos del planeta, creímos que podíamos vivir sin árboles, sin ríos, sin animales... fuimos tan arrogantes... Arrancamos los árboles como si molestaran, sin importarnos. Envenenamos los suelos, el agua, matamos las flores, las plantas, las abejas, los animales. Todo para producir, para tener más y más, para fabricar, para tirar. Destruímos todo, nos destruímos... y ahora no nos queda más que vivir bajo esta destrucción, con este calor que es cada año más fuerte, tomando agua contaminada, el poco tiempo que quede, el poco tiempo que nos quede...*

- *Pero doña ¿no estará usted exagerando?* - preguntó incrédulo Rodolfo.

La señora suspiró y en silencio siguió mirando el horizonte. Watanabe intervino.

- *Maragato, por lo que veo y entiendo, la señora tiene razón. Un mundo sin árboles se muere. Los árboles son fundamentales para el ciclo de la vida, ¡son la vida!. Sin árboles, sin plantas, no hay aire. Los árboles controlan las temperaturas, purifican el agua, son refugio para incontables especies animales... sin árboles cambia el*





*clima, se calienta el planeta y todo se muere.- Rodolfo interrumpe, nervioso - Sisi todo eso lo sé, pero, si bien siempre fui muy desconfiado del camino que estaba tomando la humanidad, que es en parte por lo que me fui, también tenía la ligera esperanza de que lo podríamos modificar a tiempo. No me esperaba esto...-*

*- Sin árboles no hay futuro, sin abejas no hay futuro, sin agua limpia no hay futuro. Hay que cuidar el equilibrio del ambiente en el que vivimos o no podemos vivir. Son lógicas absolutas que todo ser vivo tiene que respetar o puede pasar esto. Cambia el clima, suben las temperaturas, se secan los ríos, cambian las mareas del mar, se mueren las plantas, no crece alimento y en definitiva todo termina, la vida termina, excepto la de los tardígrados\*, que son indestructibles- Watanabe hablaba en pose de sabio.*

*- Hay que arreglar esto Watanabe, no somos esos tardi no sé qué nosotros, no podemos dejar que se muera nuestro planeta. Pero ¿cómo hacemos? Yo me escapé porque la forma de vivir de la gente me estaba haciendo mal, porque veía estas cosas y no las entendía, porque me di cuenta que las ganas de tener cada vez más cosas de la gente era irreversible. Pero si no logramos revertir eso, ¡va a pasar esto!- se agarraba el pelo Rodolfo a punto de quedarse pelado de los nervios. - ¿Cómo se revierte algo irreversible?-*

*- Si es irreversible no se puede revertir, la misma palabra lo dice. Estás exagerando, podemos volver al pasado y plantar millones de árboles y flores, para que las abejas tengan alimento y refugio, y capaz, con tiempo y ejemplo, se sume más gente y podamos revertir la situación. Como primer paso puede funcionar- reflexionó Watanabe, de pensamiento rápido.*

*- Podría ser, sí, pero plantar millones de árboles, nosotros dos solos... con mis dolores de espalda... imposible. ¡Vamos a necesitar ayuda, mucha ayuda!-*

Se quedaron pensando un rato largo, se dieron cuenta que se enfrentaban a un problema gigantesco, un problema del que tomaron verdadera conciencia de casualidad, que pudieron ver en primera persona

\*Los tardígrados son organismos diminutos muy resistentes. ¡Pueden vivir hasta en el espacio! Se pueden ver con un microscopio en un pedazo de musgo y se parecen un poco a los bichitos que andan paseando por las páginas. También se los conoce como "osos de agua".

gracias al pelotazo de la nena. Y a partir de ese momento, conociendo lo que pasaría si no se cambiaban las cosas, no pudieron hacer nada más que pensar en la solución. Y Watanabe fue quien continuó la idea.

*- Podemos viajar al pasado, a diferentes tiempos y de alguna manera, lograr que un personaje influyente, de esos a los que la gente respeta y toma de ejemplo, plante árboles y flores. Tenemos que conseguir, a lo largo de toda la historia, un grupo enorme de plantadores y plantadoras de árboles y flores, que pasen el mensaje de generación en generación. Porque una vez que se entiende esto, no hay vuelta atrás y se dedica la vida a cuidar el mundo y el medio ambiente ¿no?-*

*- "Un equipo para la vida"...- Dijo Rodolfo - Es buena idea, pero ¿cómo hacemos para influir en gente influyente? A la gente influyente, a los famosos, a los políticos, no le importan estas cosas. Yo buscaría gente como uno, gente común. Nosotros tenemos que ser los influyentes, el cambio se hace de abajo, desde uno mismo. Si conseguimos hacerle llegar el mensaje a gente con fuerza de voluntad y empatía, con energía, de corazón amable... sería un gran paso...-*

*- ¿Y vos conocés gente así? Yo desde que estoy despierto conocí a la nena de la feria-*

*- Es muy chiquita la nena. Pero sí, hay mucha gente así, con buenas intenciones, con ganas de hacer algo por el mundo. Pero gente especial, de esa que cambia su historia individual por la de todos, gente con la fuerza como para ponerse este trabajo en los hombros... esa gente es más difícil de encontrar. Pero yo conocí alguien que puede ser ideal para empezar... el Turco.-*

*- ¿Vamos a Turquía?-*

*- No, el Turco es un viejo amigo de la familia, de cuando yo era pibe, es de acá, maragato, como yo.-*

*- Entonces no es turco, es maragato.-*

*- ¡Le dicen turco pero es maragato! ¡Es de acá! Basta, no molestes más, dejame hacer un monólogo.-*



**E**l Turco era invencible, fuerte como un árbol. Un superhéroe, que para mí, que era chico, podía levantar el mundo. Era Atlas con bigotes. Iba de acá para allá en su camión. Recorrió todo, conoce incontables lugares, todos los lugares.





*- ¡Es el candidato perfecto! Si logramos hacerle llegar el mensaje nos aseguramos plantaciones de árboles y flores en todos lados. Tenemos que volver a cuando yo era chico y hablarle, contarle esto.-* dijo Rodolfo un poco más calmado, ligeramente esperanzado.

*- Bueno, pero si viajamos al pasado y vos te encontrás con vos mismo de chico, puede haber problemas; si caminás por donde ya caminaste, puede haber problemas; si dejás un moco pegado en una mesa y el maragato chico se lo come, puede haber problemas y si cambiás algo de tu relación con el Turco, puede haber problemas... Lo mejor va a ser que vos no le hables, o que no te reconozca. Hay que hacerlo de otra forma, quizás inducirlo indirectamente. Aunque son todas suposiciones, estoy inventando, en realidad no tengo idea de cómo funcionan los viajes en el tiempo-* dijo un Watanabe serio, rascándose la barba que no tiene.

*- Empecemos entonces por ir al pasado. Vamos a tener que retroceder unos 150 años me parece. Estando ahí pensamos cómo hacer la jugada.-* dijo Rodolfo.

*- ¡Cerraré los ojos Maragato! ¡Al pasadoooooo!-* gritó Watanabe apretando el botón de su panza (que en realidad está en el pantalón).

El destello los dejó más o menos en la fecha esperada. Abrieron los ojos y el paisaje volvía a estar vivo. Gente, autos antiguos (para ellos), árboles, el río fluyendo acompañado de una brisa fresca primaveral y los pajaritos cantando... ¡Perfecto!

Sin esperar un segundo, se encaminaron a la casa del Turco, pensando en el camino cómo lograr que los ayude sin reconocer a Rodolfo.

La decisión para comunicarse fue mediante una carta que decía así:

*“Hola Turco, ¿cómo te va? Esto te puede parecer increíble o hasta una broma de mal gusto, pero te pedimos que leas la carta hasta el final. Lo peor que puede pasar es que pierdas 2 minutos, a menos que leas lento, en ese caso capaz unos 3 minutos... o 4.*

*Somos dos viajeros del tiempo (¡jen serio!) que estuvimos hace poco en un futuro no tan lejano (¡jen serio!). Nos encontramos con un mundo apagado, al borde de la muerte, arrasado por la codicia del ser humano (¡jen serio!). Patagones, Viedma y sus alrededores se quedan sin gente, sin animales, sin árboles, el río se seca y los peces no tienen donde nadar. No quedan barcos que anden, ni autos (¡ni camiones!), el clima cambia y hace un calor con el que no se puede vivir, calor que se va a seguir acentuando hasta que la vida se acabe (¡jen serio!) y solo los tardígrados quedan en pie (Watanabe insistió en remarcar esto).*

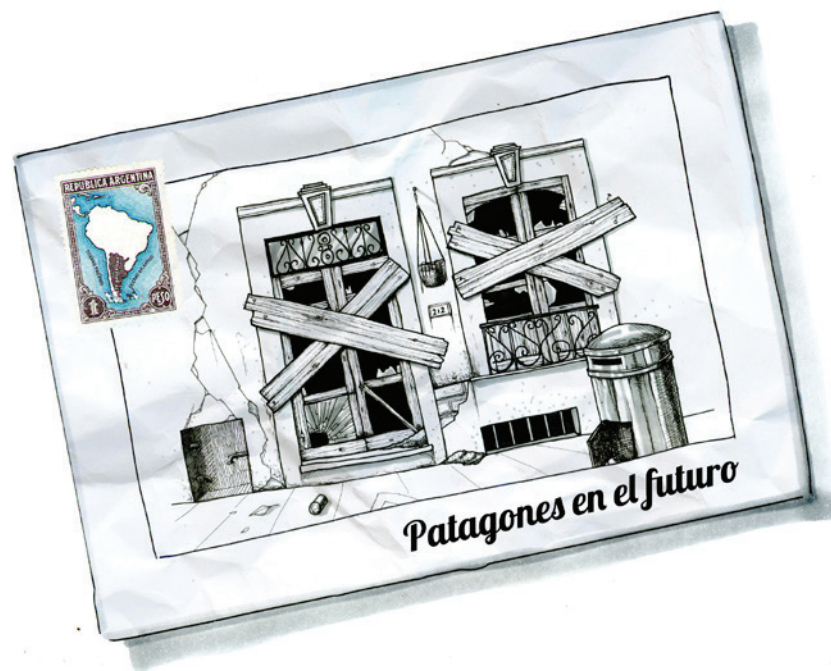
*Creemos que una forma de prevenir este futuro es plantando árboles, todos los que se pueda, y plantas con flores, para las abejas y otros bichitos polinizadores. Estamos viajando por el espacio-tiempo reclutando gente que quiera ayudar, que quiera cambiar el mundo, gente que quiera aportar su granito de arena para un futuro mejor.*

*Te pedimos que, si nos creés, plantes, siembres y liberes ríos, por todos los caminos a los que tu trabajo te lleve. Creemos que si la gente tiene buenos ejemplos y ve que se puede, lo va a repetir y el número de reclutas ambientales va a crecer exponencialmente.*

*Podemos estar equivocados, el plan puede fallar, pero si no lo intentamos, si no nos arriesgamos, el futuro que vimos será inevitable. Dicen que una imagen vale más que mil palabras, por lo que te*

*dejamos una postal que trajimos del futuro que te describimos, para que veas a lo que nos enfrentamos y te transformes en una herramienta para el buen cambio.*

*Un abrazo fuerte, y decidas lo que decidas, gracias”*



El Turco estaba lavando su camión, con paciencia, cuidado y mucho amor. ¡Lo estaba dejando como nuevo! Rodolfo y Watanabe lo espiaban desde lejos con la carta en la mano, a la espera del momento indicado para dejarla donde la vaya a encontrar con seguridad. Había anochecido cuando terminó de lavar el camión, y entró en la casa.

- ¡Al fin viejo! ¡Qué fanático!- gritó Watanabe, cansado de esperar.

- Dale vamos a dejar la carta adentro del camión, sobre el volante, así la encuentra mañana cuando salga a trabajar- dijo Rodolfo ya caminando en puntas de pie, con sigilo, hacia el camión.

Llegaron al camión y se encontraron con que tenía las puertas cerradas con llave. Watanabe, sin titubear, se abalanzó contra una ventana y la atravesó. Bajo el estruendo de la explosión saltaron pedacitos de vidrio por todos lados.

- Dame la carta Maragato, ya estoy adentro- hablaba en vos baja Watanabe.

- ¿Cómo vas a romper el vidrio? ¿Estás mal de la cabeza? Ahora va a pensar que somos unos locos y no va a creer nada de la carta, arruinaste todo el plan- gritó bajito Rodolfo, mientras le alcanzaba la carta, sorprendido por lo que había hecho su amigo.

Watanabe no le dio importancia y, antes de dejar la carta, en la parte de afuera del sobre, donde decía solo "Turco", agregó "perdón por el vidrio roto". Anotó una fórmula al lado y se fue.

Con la tarea satisfactoriamente iniciada, a la espera de la reacción de su primer recluta ambiental, se alejaron y Rodolfo se sentó, agotado por el esfuerzo del día.

- ¿Qué es eso que anotaste en el sobre?- le preguntó, curioso, a Watanabe.

- Es la fórmula que va a necesitar el turco para fabricar otro vidrio como el que rompimos.-

- ¡Que rompiste vos! y no va a necesitar la fórmula de nada, va a ir a que le pongan uno nuevo en algún lugar de vidrios para camiones, después de romper y tirar el sobre a la basura...-

- De haber sabido eso ni me esforzaba en pensar cómo se hace un vidrio... Pero la carta no la va a tirar, la va a leer, confío, y si no, le dejamos otra en el baño de la casa, y si no lee esa, en la almohada de la cama, y si no lee esa, se la pegamos en la frente. Pero bueno, ahora volvamos al futuro, a donde estábamos antes del pelotazo, así podés descansar.- le dijo Watanabe entendiendo que el viejo necesitaba recuperar energías.

Apretó el botón y el destello los dejó a la salida de la pizzería, pero esta vez, Watanabe esquivó el pelotazo... a medias, no tiene muy buenos reflejos, apenas pudo darse vuelta para que la pelota le de en el caparazón, pero no se activó el botón. Estaba todo como lo habían dejado, o casi...

Fueron directo a la plaza, a dormir, sin prestar atención a nada más que al cansancio. Durmieron ahí mismo, en el pasto. Rodolfo se acostó con un fuerte suspiro y Watanabe, a su lado, se tapó con su barba y se metió en el caparazón. Mirando las estrellas, que se veían más que nunca, el sueño le fue cerrando los ojos al viejo, que con sus ronquidos espantó a todas las palomas del pueblo -¡Callate viejo pesado, dejanos dormir! ¡tenemos sueño! ¡irrespetuoso! ¡todo el día juntando ramitas y adornando estatuas estuve!- le gritaban las palomas. Rodolfo nunca las entendió, en cambio, entre sueños, pensó que le estaban cantando cosas hermosas. Estaba contento, se sentía vivo, lleno de energía, por lo que todo lo interpretaba así, lindo.



Al amanecer, Rodolfo propuso ir al río, pasando primero, por supuesto, por “La espiga de oro” a buscar unas medialunas de grasa calentitas. Pero antes que nada tuvieron que sacudir la ropa del viejo. Las palomas habían hecho de las suyas... la dejaron toda adornada (con caca) antes de irse.

Rodolfo quería mostrarle a Watanabe la salida del sol sobre el río, los reflejos en el agua y los árboles, los cantos de los pajaritos, el despertar de la ciudad.

El camino los sorprendió con una cantidad de árboles y flores que nunca antes habían visto, las veredas rebosaban de distintas especies. Jacarandás, Palos borrachos, Ceibos, Ombúes, Limoneros, Fresnos, Tilos... plantas de todo tipo, algunas florecidas, con abejas, mariposas y vaquitas de San Antonio volando a sus alrededores y una diversidad de pájaros increíble. La gente iba y venía caminando o en bicicleta, el río estaba lleno de peces (algunos gatos se relajaban al borde del mismo) y de barquitos que iban de una costa a la otra. Se respiraba aire fresco. El pueblo estaba más lindo que nunca.

Se quedaron mudos de la emoción. El resultado de su trabajo superó todas sus expectativas, el Turco había entendido la urgencia y trabajó esos años por el cuidado del medio ambiente y con su interminable fuerza había logrado plantar miles y miles de árboles, convirtiéndose en ejemplo para mucha más gente que siguió sus pasos. El futuro tenía esperanzas.

Fue el amanecer más lindo que Rodolfo haya visto, con la mejor compañía que pudiera imaginar, comiendo medialunas en su ciudad natal. Hablando de la vida y, por primera vez en muchos años, proyectando planes, cosas para hacer, lugares para visitar, épocas para visitar y sobre todo, pensando el próximo paso para ayudar a salvar el mundo (y en visitar a los dinosaurios).





A la tarde la promesa de tormenta se hizo verdad. Se sentaron en una pequeña montaña con vista al campo abierto, cerca de las vías del tren, primera y única fila de un teatro interminable. La visión llegaba hasta el borde del mundo, nada la frenaba, no había árboles (por ahí no pasó el turco), montañas, edificios, nada que se interponga entre la vista y el horizonte. Y ahí estaba la tormenta. Gris, negra, acaparando la atención del cielo, tiñéndolo con los colores de los rayos y los arcoíris que dejaba a su paso, avanzando imparable, explotando de luces y por la distancia, lejana, todavía en silencio. Era un espectáculo mudo, una película antigua.

Los truenos llegaron fuerte para callar al silencio, parecía que se venía el mundo abajo. Una escena increíble, que evidenciaba lo chiquitos que somos, y lo imponente y potente que es la naturaleza, con ese cielo de nubes que se acercaban con una postura avasallante. La lluvia torrencial se veía como una sábana que caía del cielo hasta los pastos del campo, haciendo de telón para dar paso a los caballos que corrían llenos de alegría, jugando y saltando, a pura libertad.

Y llegó el agua. Rodolfo y Watanabe la recibieron con emoción y sin paraguas, y con el mismo entusiasmo de los caballos, se mojaron, gritaron, saltaron, corrieron, volaron, se embarraron, rieron, felices y sin pausa, hasta caer rendidos al suelo.

Acostados sobre la tierra, mirando al cielo, podían ver cómo las gotas de agua se desprendían de las apretadas nubes hasta llegar a sus cuerpos, que estaban mojados de pies a cabeza. Así se quedaron en silencio un rato, escuchando los truenos, el viento, la lluvia, mirando la tormenta pasar, sintiéndose, sabiéndose parte de algo gigante, algo eterno, universales.

*- Recorramos el mundo Watanabe, quiero conocerlo todo, ¡de punta a punta! Tenemos la tarea más importante que se pueda tener y, mientras tanto, averigüemos de dónde venís. ¡Hay que descubrir tu*





origen!.- dijo de repente Rodolfo, rompiendo ese rato sin palabras.

- Será un placer querido Maragato, pero... este mundo no tiene puntas, es esférico... más allá del error, podemos ir a todos lados y a todas épocas.-

- ¿Hasta qué tiempo podemos viajar? ¿tiene algún límite tu caparazón?-

- Creo que no, no lo sé usar bien todavía, estoy aprendiendo, pero el tiempo para mí no es lineal como para los humanos, es más bien como si estuviera todo contenido en una burbuja. Pasa todo a la vez, pasado, presente y futuro. El tiempo para mí está quieto, los que nos movemos dentro de él somos nosotros y en la dirección que queramos, así que no veo por qué no podemos ir a todas las épocas. Aunque hay que tener cuidado, los viajes en el espacio-tiempo pueden ser peligrosos, pueden alterar lo que los humanos interpretan como presente o crear líneas temporales paralelas infinitas, podemos ir y capaz al volver el mundo, tu mundo, no sea el mismo, como ya comprobamos, por eso lo que hagamos nunca puede ser muy grande. Pero yo qué sé, las teorías sobre los viajes en el tiempo son un poco confusas, vamos a tener que aprender sobre la marcha.-

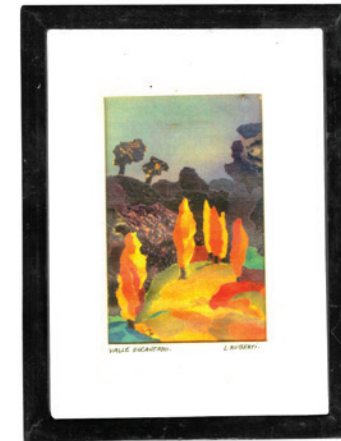
- Nuestros primeros viajes en el tiempo modificaron el mundo en forma positiva, así que sigamos sin tanto cuidado. Me gusta la idea, descubrir, conocer, deconstruir, reconstruir.- Dijo Rodolfo, alucinando con una cantidad ilimitada de posibilidades, pero sobre todo, pensando en lo afortunado que había sido por haber estado él en el lugar y en el momento indicado para encontrarse con Watanabe.

- Pensar que todo lo que viví alguna vez, que cada detalle de mi vida; cada decisión que tomé; cada lugar en el que estuve; cada persona que conocí, me llevó a este presente, a encontrarte, a empezar a vivir de nuevo. Me hace estar en paz con mi pasado, hace que no me arrepienta de nada, porque todo fue para esto, ¡y esto es lo más lindo que me pudo haber pasado! Con vos aprendí que para cambiar

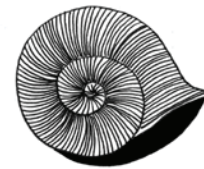
*el mundo no vale escapar, hay que participar y hay que empezar por uno. Con vos aprendí que la vida es más linda en compañía, me salvaste.-*

Las tiernas palabras de Rodolfo conmovieron a Watanabe, quien, sin decir nada, se quedó mirando el mojado atardecer, sintiendo el olor a recién llovido y sabiendo que lo que se viene va a ser una aventura extraordinaria, con un compañero aún más extraordinario.

Pasaron un par de días más en Patagones, con muchas risas, nostalgia y recuerdos, mientras decidían a dónde, a cuándo ir después. Pero inmediatamente después, al terminar el recorrido, volvieron a la cabaña y colgaron el cuadrado ahí, donde vive Rodolfo.



FIN



A Darío, por el consejo y la paciencia. A Reina, por las enseñanzas y las charlas en la mesita, por tu ayuda, gracias. A Iván, por ser Iván. A Marta, una amiga del alma. A Juancho, Caro, Andrés, Mónica, Gustavo. A Urdampilleta. A Perotá Chingó que me prestaron al chinito. A Damián, por los momentos inolvidables. A Agustín, mi hermano de la adolescencia. A Bechis, a Lucas.

A Vir, mi compañera de los sentidos. La del abrazo interminable, la palabra certera, el corazón amable. La de los sueños lindos y el compartir para ser. La de las manos delicadas y el espíritu de hierro. Sos canción. Jaijuni.

A Chiquita, una mujer hermosa que sin decir, dice. A Jorge, un tipo genuino que toma las cosas por las riendas, valiente y valioso, alguien para tomar de ejemplo. A Carolina, la calidez hecha persona, indescriptiblemente genial.

Al Dani.

A Juana y Fredy. A Ale y Sergio.

A mi hermano, mi mejor amigo, brillante en todo sentido. Analítico, apasionado, sensible y divertido. Canaf es la mejor combinación de cualidades a la que una persona pueda aspirar. Y además, según internet, un genio. Te quiero y te admiro.

A Patagones.

A mi papá, porque a pesar de todo lo que nos atraviesa como historia, sos un buen tipo y te quiero.

A mi mamá, que me enseñó de sencillez y de libertad, de valentía para enfrentar lo nuevo. Que me inculcó el espíritu creativo y el pensamiento crítico. Que es parte de lo que soy, porque desde que soy me alienta y me guía para buscar y construir la versión de mí que quiero ser. Sos una persona increíble.

A Patrick, un artista que se las trae. A Emi, una pequeña mujer gigante con alma caribeña. A Nilo, un genio de la realidad, un pibe mágico, el barrilete cósmico de la modernidad. Son mucho más que familia.

A Aime, fuente de inspiración eterna. La persona más hermosa del universo, que existe porque existe ella.

A Gera. A Sol.

A la 296. A mi abuela. A Ramona. A la Marce.

A Leo, a Manu, a Cami, a la Luna grande y la Luna chiquita, a Vladi y la que se viene, a Abril, a Nina, a Rosa, a Amancay, a Rama, a Juli, a Mateo, a Ruri, a Airi, a Almendra, a Vito, a Dante, a Vera, a Viole, a Indra, a Vicente.

A la banda del CEM 2, son mi casa.

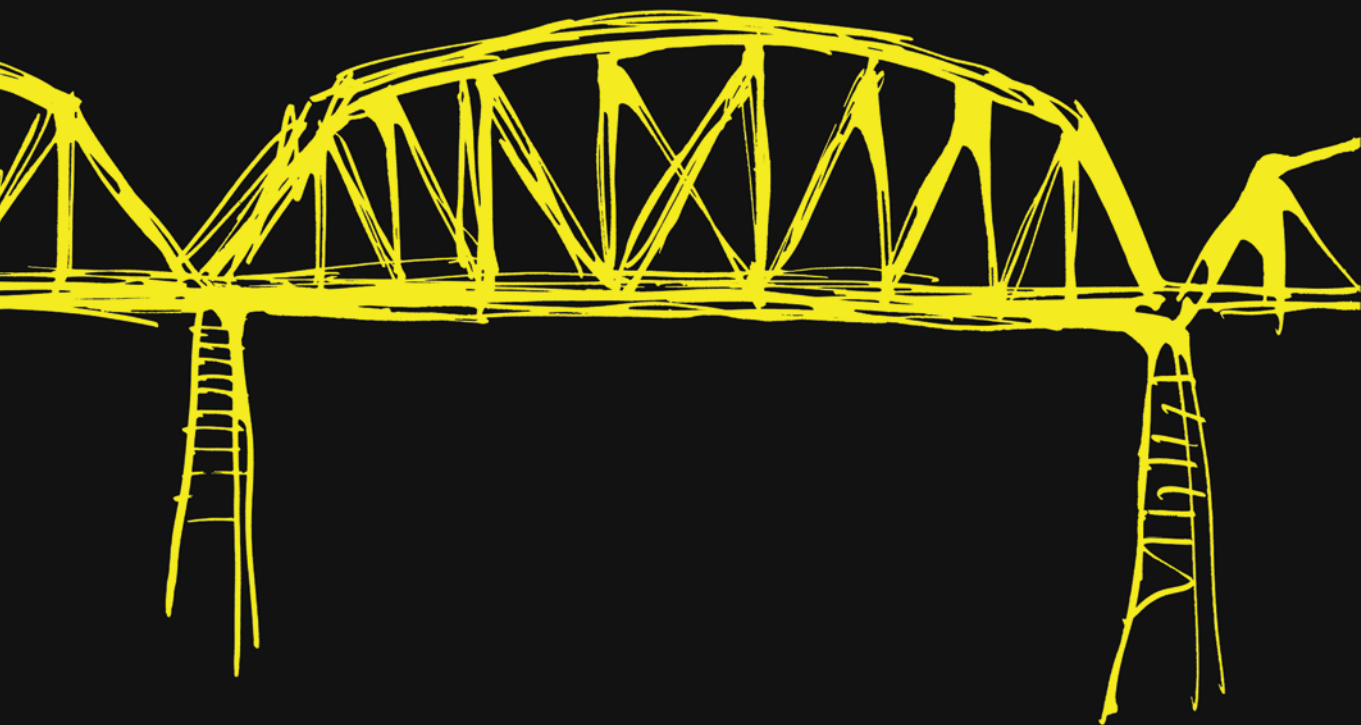
A Viedma.

A los turcos.

A vos.

“No aceptes lo habitual como cosa natural.  
Porque en tiempos de desorden,  
de confusión organizada,  
de humanidad deshumanizada,  
nada debe parecer imposible de cambiar.”

- Bertolt Brecht.



GARZA  
DE  
PAPEL  
EDICIONES